

UN EX-ALUMNO DE LA LONJA, SANTO

Sin que nadie pudiera sospecharlo entonces, un santito en agraz se nos entró por las puertas de la Lonja. Era un muchacho que venía a aprender dibujo. Iba para artífice del tejido y érale necesario iniciarse en el "secreto manifiesto" de la línea. La línea que es expresión simple y concreta de la forma y que tal vez el alumno Antonio Claret y Clará entendió que le hablaba muy claro a su inteligencia de predestinado, pues que tan simple y concretamente dibujó en adelante su pensamiento. En realidad -aunque él no lo supiera en aquellos días, y sus propios maestros tampoco- lo necesario para él era afinar, pulir su sensibilidad de artesano. Y, sin embargo de su afición, de su vocación de artífice del tejido, habían de ser muy otros los dibujos en los cuales se había de ver en adelante, como era tejido más sutil el que hubo de urdir y tramar en su propia vida.

No podemos, por tanto, ya que como artesano del telar no trascendió, examinarlo y exaltarlo en este aspecto. Bien lo quisiéramos, porque los santos artistas, si bien grandes, fueron pocos. El primero y mayor de todos, fuente perenne de santidad, es el propio Creador, quien con un puñado de barro modeló el prototipo y arquetipo de los humanos, infundiendo en él soplo de vida perdurable.

El Santo apóstol Lucas, patrón de pintores, es gran figura elegida para tal simbólico patronazgo.

Más fueron los que usaron de la pluma, no del pincel, pero Beatos llamamos a dos figuras muy importantes en la ideación cristiana: al de Liébana y al Angélico. El llamado Beato o Vieco de Liébana, presunto abad de Valcavado en el siglo VIII, creó la motivación apocalíptica, origen de los libros llamados de Beato y fuente de la rica figuración simbolista del período románico. El llamado Beato Angélico, alma en verdad angelical, nos legó las bellas imágenes de todos conocidas y admiradas, las más delicadas pinturas conocidas, muchas de las cuales su autor pintó de rodillas y con los ojos empañados de llanto.

Estas dos grandes figuras de la Historia del Arte, si no precisamente santos, son dignas de gratitud y de admiración, una por haber dado impulso a la creación imaginativa que proliferó en un largo periodo del Arte, y otra por habernos legado sus bellísimas obras donde la Piedad y la Belleza están para siempre unidas.

Pero -pensaréis- ¿qué relación tiene San Antonio María Claret con tales hitos de la creación artística? En sentido estricto no sabíamos ni podríamos hallársela, pero en sentido parabólico si la tiene, y no pequeña.

La Pintura -bien lo sabéis- tiene por objeto representar lo que se ve de dos maneras diferentes: con los ojos de la cara- que es lo más corriente -y con la mirada interior. Lo real y tangible suele ser, en toda buena pintura, sólo el signo intelegible de lo ideal. La verdad estética, como las verdades transcendentales, está más allá o detrás de lo apreciable por los sentidos corporales. ¿Qué grandes, sencillas y lúcidas verdades contemplaría el joven Antonio Claret por entre los lizos de su telar? ¿Qué tapiz tejería su cálida imaginación, soñando, sólo soñando todavía entonces, aquella misión futura que en su alma juvenil se iba perfilando y tomando relieve trazo a trazo, así como iba acabando sus láminas escolares?

Al abandonar su profesión para emprender su carrera religiosa, había visto ya claro en su porvenir. Fue vidente, de una videncia iluminada por luz sobrenatural. Y pocas veces se podrá aplicar con tal justeza el nombre de carrera a una práctica tan fervorosa y constante como en este caso del joven sacerdote andariego, incansable, irrendible. Ya le bastaba y le sobraba sin duda el poco dibujo aprendido del más allá, detrás de la bella y engañosa tinta azul, impenetrable velo de la Gloria.

II

Bien de la Leyenda Dorada, bien de las Vidas de Santos, pintores de otros siglos pudieron sustraer motivos abundantes que plasmar en muros, en retablos, miniaturas y cuadros. Forzoso les fue siempre imitar su campo, o parcelarlo en rectángulos que guarden entre sí un orden, un nexo de motivación. Pero, en verdad, si tuviéramos que representar por medio de la pintura la vida de San Antonio María Claret, si bien podíamos destacar de ella numerosos episodios edificantes, la representación cabal y verdadera de su vida reclamaría un vasto diorama. Aun no bastaría, y fuera necesario dilatarlo en espiral ascendente, hasta llegar a lo más alto, allí donde la luz más pura resplandece y nos ciega: una espiral de base vastísima que aspiró a lo más alto y en ello se sumió, santamente.

Emociona sobremanera considerar aquella su actividad andariega. Se le imagina por aquellos caminos de antaño, tan descuidados cuanto era descuidada la Administración o Gobierno de las Españas, bajo la lluvia, sobre fangosa y helada nieve, o agobiado de sol estival; en ocasiones, hambriento, lo vemos seguir heroico el imperativo y firme ritmo de su propósito misional: La predicación, la compasión, el afán vivísimo de despabilar la almas y convertirlas al Bien que ofrece y derrama a manos llenas la Santa, evangélica Doctrina.

Come si lo hay y alguna vez no puede pagarlo en la posadas, y aun acepta la limosna de un mendigo; ya no concebimos más enternecedora pobreza.

Y sigue, sigue siempre, de pueblo en aldea, deprisa, agobiado de calor o aterido de frío, a pasos largos y vivos, haldeando porque tiene prisa, porque en el alma le duele que las ignorantes o distraídas tarden tanto en abrir su corola al rocío de la Divina Verdad.

III

Será falso- y tratándose de hombre tan sencillo y tan sincero será doble falta falsear cosa alguna referente a él- será falso, digo, considerar al Padre Claret- a la razón se le llamaba así- como uno de los grandes oradores de su tiempo. Entre tantos oradores políticos- y apenas si los hubo de otra especie- allí estaba el rizado y apolíneo galán Salustiano Olózaga, el atildado Martín de la Rosa, el "(divino)" Argüelles, astros mayores entre otros que lucían en aquellas costas y cenáculos literarios. La facultad preciada de bien hablar consistió siempre en comunicar elegantemente. Lo que después se ha venido llamando, con precipitado juicio despectivo, "Retórica", no venia a ser sino la caricatura de la verdadera y bella elocuencia. En aquel tiempo se estudiaba aun y se conocía analíticamente es arte de bien decir y se observaban sus reglas clasicistas, pese a las protestas amaneradas de los románticos, los modernistas de aquel entonces y sin embargo, por todas partes cundía la fama de orador del P. Claret.

Si como escribió hablaba, en verdad que su prosa no se puede tener por modelo de ella, sobre todo en país como el nuestro de tan grandes prosistas, y en donde la oratoria sagrada culmina en las páginas inmortales de Fray Luis de Granada. Y tampoco podríamos decir que tuvo su prosa la belleza popular de la de la Mística Doctora, la Madre Teresa de Jesús. La prosa del P. Claret -y así debió de ser su oratoria- la prosa llana de sus apuntes y de sus cartas y de sus preguntas de reforma, no son propiamente prosas literarias ni pretendieron serlo. Pero no hay en los que conozco de sus escritos una palabra, una sola, que no refleje su recto y claro espíritu, que no exprese con sencillez y transparencia la Verdad de que su alma estaba poseída.

Él sabía muy bien a donde tenía que llegar su palabra y le importaba, sobre todo, la eficacia de su predicación. Más que de intuición hay que hablar aquí de clarividencia; la claridad, la

sencillez, son el camino más corto para llegar a la persuasión, y era eso: persuadir, hacer llegar a las almas la sublime y sencilla verdad evangélica, lo que al incansable predicador le urgía tanto. Pues si no ¿por qué viajó tan largamente y tan de prisa, ¿por qué apenas dormía ni sosegaba sino porque el asunto a que iba era siempre necesario y siempre urgente? La oratoria que conmueve y persuade y hace sentir y se hace entender de todos, es buena, y lo malo en cualquier oratoria es lo ampuloso, lo capcioso, lo sofisticado, lo hueco en fin. Es la falsa oratoria, aunque bien suena, pura vanidad, y -la palabra lo está diciendo-vanidad es variedad, hueco sonoro de fruto fallido, cáscara sin almendra, cascabillo sin grano.

IV

Episodios copiosos señalan sus biógrafos en la vida del Santo. Él conoció aquellos años tenebrosos de la Historia patria, los de la corte de Fernando VII, el rey Deseado y suspirado; tiempos de constituciones de quita y pon, de falacias, errores y funestas consecuencias. Vivió la consiguiente guerra civil, en el periodo de la reina gobernadora. Y fue personaje notable, aunque sin desmentir jamás su innata modestia, en la corte de Isabel II, siendo ya arzobispo de Santiago de Cuba, después de Trajanópolis confesor de S. M. Pasman el tesón y la paciencia que hubo menester con la regia penitente, ante todo para ausentar de Palacio favoritismos contumaces, ya que no quiso tomarse el poder -autoridad tenía- para ahuyentar zascandiles políticos. Nunca quiso intervenir en política: la misión suya era muy otra. Pero estos episodios no son pictóricos. No el pincel piden, sino acaso la pluma del moralista o del satírico. Para el arzobispo Santo debía de ser aquel medio palatino motivo de constante pena, de intenso duelo ante el mal inevitable.

Pero otros episodios de su vida sí son pictóricos y dignos de retablos, al uso medieval: aquellos en los cuales se le ve siempre triunfar de enemigos terribles, fueran los que, arrimando brazos criminales, atentaron contra su vida, o fueron los que, debajo de la forma de males físicos, acechaban a graves enfermos. Víctima de crueles asechanzas, en varias ocasiones Dios libró a su siervo de perecer asesinado, y aun las burlas se vieron trocadas en veras, mortales para el sicario poseído de satánicos rencores. Inútiles asechanzas! Pero ¿Cómo? ¿No sabían sus perseguidores que el P. Claret, como se le seguía llamando, no había cumplido aún su misión evangelizadora? Él había de continuar aún aquella su vida andariega, llevando siempre más allá la noble siembra de la Verdad y el Bien. ¡Adelante, siempre adelante!

V

Pararía, por fin, en su lecho de muerte de Fontfroide, su activo haldear de peregrino infatigable? Pues no, todavía no. Él murió santo; su canonización reciente lo revela y abona. Pero era necesario que la santidad le fuera reconocida, al fin, llegando a ella paso a paso. Primero, la beatificación, de tan largo proceso. Los pasos dados hasta lograrla, suyos fueron, aunque no corporalmente, pues sus hijos anduvieron por él, de quien aprendieron el incansable camino en pos del Bien. Finalmente, el reconocimiento, la proclamación de la santidad.

Fue su tránsito en 1870. Siete años después comienza finalmente el "Proceso" de beatificación, que se dio por concluso en 1890. Del 25 de marzo de 1893 al 6 de agosto de 1894, tiene lugar la revisión del texto original español traducido. La noticia de la proclamación de la virtudes heroicas de "monseñor Claret" la dio S.S. el Papa Pío XI a Don Alfonso XIII en 6 de enero de 1926, si bien S.S. León XIII había dado impulso a la causa 27 años antes.

Síguese la iniciación del proceso de canonización, culminado en 7 de mayo del presente año. Son, en suma, 80 años de labor realizada *post mortem*, hasta llegar a la cima deseada. Esta etapa de la ultravida del Santo fue más larga que la de su vida temporal, que duró poco menos de 63 años.

¿Cómo será posible pintar esta doble vida de actividad constante, guiada, anunciada por un sólo y mismo anhelo?

VI

Predicador tan activo, tan elocuente, persuasivo y valeroso, debería ser multiplicado a proporción de lo mucho que hoy mismo es necesario en sociedades humanas de arriba abajo distraídas y perturbadas por el rencor, el alocado y desmedido lujo, el ciego afán de lucro, la frivolidad, las variedades mundanales, el desprecio al mutuo respeto, y tantos otros males y profundos, trascendentales errores que nos hacen patente el panorama pavoroso de cuanto en nuestra vida no es cristiano.

Estas son las sombras, necesarias para dar relieve al dibujo, y con esas sombras -que el santo predicador procuraba suavizar por no causar demasiado terror a sus oyentes- él iba dibujando ante las conciencias el camino de Luz, con líneas puras y sencillas. Jamás pudo servir para tanto el dibujo que se enseñó en Casa Lonja.

VII

Cuando una de estas vidas ejemplares es considerada y aun cuando nuestra menguada inteligencia no llegue a comprenderlas y alcancemos sólo, y más que a imitarlos, a rendirles nuestra admiración y a elevarles nuestras plegarias, en el fondo de nuestro corazón sentimos algo que nos dice ser más envidiables que todos los honores y bienes materiales, las virtudes cristianas. Pues todos los grandes hombres que vivieron sobre esta dura tierra, no valen lo que vale un Santo.

F. Pérez-Dolz

Barcelona, 15 oct. 1950.